



www.loqueleo.es

Título original: *Treasure island*, Robert L. Stevenson

© De la adaptación del texto: 2022, Ana Alonso

© De las ilustraciones: 2022, Laura Rubio

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana

Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-398-6

Depósito legal: M-27711-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Robert L. Stevenson

**LA ISLA
DEL
TESORO**

loqueleq

1

EL VIEJO BUCANERO

UN LOBO DE MAR EN LA POSADA DEL ALMIRANTE BENBOW



n respuesta a la petición del señor Trelawney, el doctor Livesey y los otros caballeros que me han rogado que escriba todos los detalles relacionados con la Isla del Tesoro, de principio a fin y sin reservarme nada excepto la situación exacta de la isla, donde todavía quedan riquezas escondidas, tomo la pluma en el año de gracia de 17... y vuelvo a los tiempos en los que mi padre regentaba la posada del Almirante Benbow, cuando el viejo lobo de mar con una marca de sable en la cara se alojó por primera vez bajo nuestro techo.

Recuerdo como si hubiese ocurrido ayer cómo entró cojeando en la posada, seguido por un hombre que traía su cofre en una carretilla. La coleta grasienta le caía sobre los hombros de su sucia chaqueta azul, tenía las manos rugosas y las uñas negras, y la cicatriz pálida de un corte de sable le atravesaba la mejilla. Lo recuerdo mirando a su alrededor mientras silbaba y luego empezando a cantar con voz destemplada aquella vieja canción marinera que tantas veces le escuché después. A continuación, golpeó la puerta

con un trozo de bastón que llevaba y, al ver aparecer a mi padre, le pidió un vaso de ron. Cuando se lo trajeron lo bebió despacio, paladeándolo como un experto, mientras miraba hacia los acantilados.

*Quince hombres sobre el cofre del hombre muerto,
oh, oh, oh..., ¡y una botella de ron!*

—No está mal esta cala —dijo por fin—. Y este garito tampoco. ¿Mucha gente, amigo?

Mi padre le dijo que no, por desgracia.

—Muy bien —replicó él—; entonces, me va de perlas. Eh, tú, camarada, ayúdame a subir el cofre —le dijo al hombre de la carretilla—. Me quedaré aquí un tiempo. Soy un hombre sencillo. Ron y huevos con bacon es todo lo que necesito, y esta vista para vigilar los barcos. ¿Y cómo deben llamarme? Capitán, llámenme capitán. Ah..., ya veo lo que le preocupa... Aquí tiene. —Y arrojó tres o cuatro monedas de oro al mostrador—. Avíseme cuando haga falta más.

Con aquella forma de hablar y aquella ropa, no tenía aspecto de haber mandado jamás; pero sí podría haber sido un contramaestre acostumbrado a que le obedecieran. El hombre de la carretilla nos dijo que se había bajado de la diligencia la mañana anterior en el Royal George, que había preguntado qué posadas había en la costa y, al oír hablar bien de la nuestra y al saber que era bastante solitaria, la había elegido como lugar de residencia. Eso fue todo lo que pudimos averiguar sobre él.

Generalmente era un hombre muy callado. Se pasaba el día merodeando por la cala o por los acantilados con un catalejo de latón.

CUANDO
REGRESABA
AL ANOCHECER,
SIEMPRE HACÍA LA
MISMA PREGUNTA:

¿HA VENIDO ALGÚN
MARINERO?

NO...

CUANDO LA RESPUESTA ERA
NEGATIVA, SE SENTABA A BEBER
JUNTO A LA CHIMENEA.

Y SI ALGUIEN LE HABLABA,
RESOPLABA Y LO MIRABA
CON HOSTILIDAD.

AMIGO,
¿QUIERE...?

HASTA QUE TODOS NOS DIMOS
CUENTA DE QUE ERA MEJOR
DEJARLO A SU AIRE.

YO... PERDONE.



EN CAMBIO, CUANDO SE ENTERABA DE QUE HABÍA ALGÚN MARINERO EN LA POSADA, LO ESPIABA A TRÁVÉS DE LA CORTINA.

NO LO CONOZCO.
MEJOR...



PRONTO COMPRENDIMOS QUE INTENTABA EVITAR ENCONTRARSE CON LOS DE SU OFICIO.

CAPITÁN,
¿HOY NO
CENA?

NO..., ME VOY
A DORMIR.



ESTABA CLARO
QUE NO QUERÍA
LLAMAR LA
ATENCIÓN.

En cierto modo, yo compartía su preocupación, porque un día me había llevado aparte y me había prometido una moneda de plata de cuatro peniques cada mes si le ayudaba a mantener «el ojo abierto» por si llegaba un hombre de mar con una sola pierna, en cuyo caso debía avisarle de inmediato. A veces, cuando empezaba un mes nuevo y yo le solicitaba mi paga, él sonreía burlón y me miraba de arriba abajo; pero antes de que terminase la semana se lo pensaba mejor, me daba mi moneda y me repetía la orden de vigilar por si aparecía el «hombre de mar con una sola pierna».

Aquel personaje se coló en mis sueños, como era de esperar. En las noches de tormenta, cuando el viento sacudía cada rincón de la casa y la espuma rugía en la cala y trepaba hacia los acantilados, me parecía verlo en mil formas distintas. A veces la pierna estaba cortada por la rodilla, otras por la cadera; a veces se trataba de una criatura monstruosa que nunca había tenido más que una pierna en el centro de su cuerpo. Verla saltar, correr y perseguirme era la peor de las pesadillas, y, haciendo balance, creo que me salieron demasiado caras aquellas monedas mensuales que pagué con mis horribles fantasías.

Pero, aunque me aterrorizaba pensar en el marinero de una sola pierna, la verdad es que temía al capitán mucho menos que todos los que me rodeaban. Algunas noches tomaba más ron del que su cabeza podía aguantar. En esos casos, a menudo se ponía a cantar sus antiguas y salvajes canciones marineras sin meterse con nadie, pero en otras ocasiones pedía una ronda general y obligaba a todos los presentes a escuchar sus historias o a cantar los

coros de sus melodías. Recuerdo cómo temblaba la casa entera al son de «oh, oh, oh, ¡y una botella de ron!», con todo el vecindario cantando a voz en cuello como si en ello les fuera la vida, cada uno intentando que su voz sonase más fuerte que la de los otros, para pasar desapercibido. Porque en aquellos ataques el capitán se convertía en el mayor abusón que pueda imaginarse. Exigía silencio golpeando la mesa con la mano, se volvía loco de ira si le preguntaban algo o si nadie hacía preguntas y le parecía que no estábamos escuchando su historia. Tampoco permitía que nadie abandonara la posada hasta que se caía redondo de tanto beber y se retiraba arrastrándose a su habitación.

Sus historias eran lo que más aterrorizaba a la gente. Historias espantosas sobre ahorcamientos, y paseos por «la plancha», y tempestades marinas, y todo tipo de hazañas brutales en los dominios españoles. Por lo que contaba, debía de haber vivido entre los hombres más malvados que han surcado los mares; y el lenguaje en el que relataba aquellas historias escandalizaba a los sencillos campesinos casi tanto como los crímenes que describía. Mi padre siempre estaba diciendo que nos iba a arruinar, porque la gente se cansaría de venir a que la tiranizaran y la asustaran hasta regresar temblando a sus camas; yo, en realidad, pienso que su presencia nos vino bien. La gente pasaba miedo en el momento, pero luego, al recordarlo, les gustaba. Era todo un acontecimiento en la tranquila vida del campo, e incluso se formó un grupo de jóvenes que aseguraban admirarlo, lo llamaban «un verdadero lobo de mar» y afirmaban que hombres como él eran los que habían hecho grande a Inglaterra.



En un aspecto, sin embargo, sí parecía empeñado en arruinar-nos, porque seguía allí semana tras semana y mes tras mes mucho después de que su dinero terminase de cubrir sus gastos, y, aun así, mi padre nunca se atrevió a insistir en que le pagase más. Si alguna vez lo mencionaba, el capitán resoplaba con tanta energía que parecía que le salía un mugido y miraba a mi padre con fijeza hasta obligarle a huir de la habitación. Recuerdo verlo retorciéndose las manos después de alguna de aquellas reacciones, y estoy seguro de que la preocupación y el terror en el que vivía contribuyeron a su prematura muerte.

Durante todo el tiempo que permaneció con nosotros, el capitán nunca cambió su vestimenta, excepto una vez que le compró unas medias a un buhonero. Un día se le cayó una de las alas del sombrero y, a partir de entonces, la llevó siempre colgando, a pesar de lo que le molestaba cuando soplaba el viento. Recuerdo el aspecto de su chaquetón, que él mismo remendaba en su habitación y que, hacia el final, no era más que un puro remiendo. Jamás escribió o recibió una carta, jamás habló con nadie aparte de los vecinos, y con estos, generalmente, solo cuando estaba borracho. Ninguno de nosotros había visto nunca abierto su cofre de marinero.

Solo una vez se enfadó, y fue hacia el final, cuando mi pobre padre estaba ya muy deteriorado. El doctor Livesey vino a media tarde a ver al paciente, cenó algo con nosotros y luego bajó al salón a fumarse una pipa mientras esperaba a que su caballo bajase de la aldea, ya que en el Almirante Benbow no teníamos establos. Lo seguí, y recuerdo que me fijé en el contraste entre el radiante



y pulcro doctor, con su peluca empolvada, sus ojos negros y sus agradables modales, y aquel espantapájaros de pirata nuestro, borracho como una cuba de ron, derrumbado sobre la mesa. De repente, el capitán comenzó a tararear su eterna canción:

*Quince hombres sobre el cofre del hombre muerto,
oh, oh, oh, ¡y una botella de ron!
Beben y el diablo hace el resto,
oh, oh, oh, ¡y una botella de ron!*

Al principio yo había supuesto que el «cofre del hombre muerto» era aquel mismo baúl enorme que tenía en su habitación, y su imagen se mezclaba en mis pesadillas con la del marinero de una sola pierna. Pero a aquellas alturas ya había dejado de prestar atención a la canción. El que la oyó por primera vez aquella tarde fue el doctor Livesey. Observé que no le agradaba, porque miró al capitán con enfado antes de proseguir su charla con el viejo Taylor, el jardinero, sobre una cura para el reuma. Mientras tanto, el capitán se había ido animando con su propia música y terminó golpeando la mesa con la mano en un gesto característico de él, exigiendo silencio. Todas las voces callaron a la vez excepto la del doctor Livesey, que continuó hablando como si tal cosa. El capitán lo observó con irritación un instante, volvió a golpear con la mano, lo miró con mayor irritación aún y, finalmente, pronunció un juramento y tronó:

—¡Silencio ahí, entre las cubiertas!



—¿Se refiere a mí, señor? —dijo el doctor; y cuando el capitán, con un nuevo juramento, le contestó que sí, continuó—: Solo tengo una cosa que decirle, señor, y es que, si sigue bebiendo ron a ese ritmo, el mundo se libraré pronto de un sucio sinvergüenza.

La furia del viejo marinero fue espantosa. Se puso en pie de un salto, abrió su navaja de marinero y, sosteniéndola en equilibrio sobre la palma de su mano, amenazó con clavar al doctor a la pared.

El doctor ni siquiera se movió. Continuó hablando en el mismo tono, lo bastante alto como para que todos pudieran oírle, pero totalmente firme y sereno:

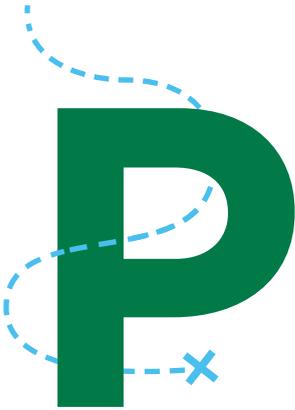
—Si no devuelve esa navaja a su bolsillo inmediatamente, le prometo por mi honor que terminará en la horca.

A continuación, sostuvieron una batalla de miradas. Pero el capitán no tardó en rendirse. Guardó su arma y volvió a su asiento gruñendo como un perro apaleado.

—Y ahora, señor —continuó el doctor—, ya que estoy al corriente de que tenemos en el distrito a un individuo de su calaña, tenga por seguro que estaré vigilante noche y día. No soy solo médico, también soy magistrado; y como me llegue el más mínimo rumor de una queja sobre usted, aunque sea tan solo sobre sus malos modales, como los que ha demostrado esta noche, tomaré medidas inmediatas para que lo busquen y lo detengan. Dejémoslo ahí.

Poco después llegó el caballo y el doctor Livesey se marchó; pero aquella noche el capitán se mantuvo tranquilo, y así continuó unas cuantas noches más.

PERRO NEGRO APARECE Y DESAPARECE



oco después de aquello tuvo lugar el primero de una serie de misteriosos acontecimientos que terminaron librándonos del capitán, aunque no, como se verá, de sus asuntos. Era un invierno glacial, con largas heladas y terribles tempestades; y desde el principio nos dimos cuenta de que mi padre no llegaría a la primavera. Se iba consumiendo día a día, y mi madre y yo teníamos que cargar con todo el peso del negocio. Teníamos demasiado trabajo para ocuparnos de nuestro desagradable huésped.

Ocurrió una gélida mañana de enero, muy temprano. La cala amaneció cubierta de escarcha y la espuma lamía suavemente las piedras, con el sol asomando apenas sobre las colinas. El capitán se había levantado antes de lo habitual y había bajado a la playa, con el alfanje colgando bajo los amplios faldones de su viejo chaquetón azul, el catalejo bajo el brazo y el sombrero echado hacia atrás. Recuerdo que su aliento flotaba como humo, y lo último que le oí decir antes de desaparecer tras una roca fue un juramento

indignado, como si en su interior aún siguiese dándole vueltas a su encontronazo con el doctor Livesey.

Mi madre estaba arriba con mi padre y yo estaba poniendo la mesa del desayuno a la espera de que el capitán regresara cuando se abrió la puerta de la taberna y entró un hombre a quien jamás había visto antes. Era un tipo pálido y alto, y le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Aunque llevaba un alfanje, no tenía pinta de luchador. Yo estaba siempre al acecho por si aparecía algún marino, ya tuviera una sola pierna o las dos, y recuerdo que aquel me dejó perplejo. No tenía aspecto de ser un lobo de mar y, sin embargo, había en él cierto aire marinero.

Le pregunté qué quería y me pidió ron; estaba a punto de ir a buscarlo cuando se sentó a una de las mesas y me hizo un gesto para que me aproximara.

—Ven aquí, hijo. Acércate un poco —me dijo.

Di un paso hacia él.

—¿Esa mesa es para mi amigo Bill? —preguntó en tono burlón.

Le dije que no sabía quién era Bill y que la mesa era para un hombre que se alojaba en nuestra casa y que se hacía llamar «el capitán».

—Bueno —dijo—. Mi camarada Bill bien podría hacerse llamar «capitán», ¿por qué no? Tiene un corte en la mejilla y unos modales encantadores, sobre todo cuando bebe, el bueno de Bill. Pongamos, por decir algo, que ese capitán tuyo tiene una cicatriz y que esa cicatriz está en la mejilla derecha. Ah..., ¿ves? Te lo dije. Bueno, ¿y está Bill aquí en la posada?



Le contesté que había salido a pasear.

—¿Y hacia dónde, hijo? ¿En qué dirección ha ido?

Señalé hacia las rocas y, después de decirle cuándo era probable que volviese y de responder a otras preguntas, el tipo me dijo:

—Está bien... Esta sorpresa le va a gustar tanto como echar un trago al bueno de Bill.

Su expresión al decir aquello no era nada agradable, y tuve la impresión de que se equivocaba, pero no era asunto mío. Por otro lado, no sabía muy bien qué hacer. El desconocido se quedó esperando a la puerta de la posada, acechando la esquina como un gato esperando a un ratón. Una de las veces yo también salí a mirar, pero me llamó inmediatamente y, como no le obedecí al instante, me repitió la orden con un juramento que me hizo pegar un brinco. En cuanto volví, recuperó su actitud anterior, entre zalamera y despectiva. Me daba palmaditas en el hombro, me decía que era un buen chico y que me había cogido cariño.

—Yo también tengo un hijo —aseguró—, tan parecido a ti como una gota de agua a otra, y es el orgullo de mi vida. Pero lo principal para los chicos es la disciplina, hijo, la disciplina. Si hubieses navegado con Bill, lo sabrías muy bien. Y mira, justamente ahí viene mi compañero Bill con el catalejo bajo el brazo, bendito sea. Tú y yo nos vamos a esconder en la taberna para darle una pequeña sorpresa... ¡Bendito sea otra vez!

Mientras hablaba, el extraño retrocedió hasta la taberna y me colocó detrás de él en la esquina para que ambos quedásemos ocultos por la puerta cuando se abriera. Yo estaba nervioso y asus-

tado, como es fácil imaginar, y mis temores aumentaron al ver que el desconocido también tenía bastante miedo. Agarró el puño de su pequeño alfanje y desprendió la hoja de la vaina. Mientras esperábamos, tragaba saliva constantemente, como si tuviera un nudo en la garganta.

Por fin entró el capitán, cerró la puerta de un portazo y, sin mirar a derecha ni izquierda, se fue directo a la mesa donde le esperaba su almuerzo.

—Bill —dijo el desconocido en un tono que intentaba sonar atrevido y firme.

El capitán giró sobre sus talones y se enfrentó a nosotros. Estaba pálido como si tuviera delante un fantasma o al mismo diablo; en ese momento sentí lástima por él, al verlo tan viejo y enfermo.

—Vamos, Bill, me conoces. Tienes que reconocer a un viejo compañero de travesías, Bill —insistió el desconocido.

El capitán ahogó una exclamación.

—Perro Negro... —gruñó.

—¿Y quién si no? —replicó el otro, algo más relajado—. Perro Negro en persona, que ha venido a ver a su viejo camarada Bill a la posada del Almirante Benbow. Ay, Bill, Bill... ¡Cuánto tiempo ha pasado desde que perdí mis dos garras! —exclamó alzando su mano mutilada.

—Bueno. Me andabas buscando. Pues ya me has encontrado. Habla, ¿qué quieres?

—Ese eres tú, Bill, directo al grano —replicó Perro Negro—. Voy a pedirle un vaso de ron a este muchacho, que me ha caído



muy bien, y si te parece nos sentamos y hablamos claro, como viejos camaradas.

Cuando volví con el ron, se habían sentado los dos a la mesa del capitán. Perro Negro estaba junto a la puerta y situado de lado, como para tener un ojo puesto en su antiguo compañero y el otro en su posible retirada.

Me ordenaron que me fuera y que dejase la puerta bien abierta.

—Nada de espiar por el ojo de la cerradura, hijo —me dijo Perro Negro.



ME QUEDÉ ESCUCHANDO
TRAS LA CORTINA...

¡NO, NO
Y NO!

PERRO NEGRO CONTESTÓ ALGO
QUE NO ENTENDÍ. EL CAPITÁN
GOLPEÓ LA MESA.

¡SI NOS CUELGAN,
NOS COLGARÁN
A TODOS!

DE PRONTO, ESTALLÓ UNA
EXPLOSIÓN DE GOLPES Y
JURAMENTOS.

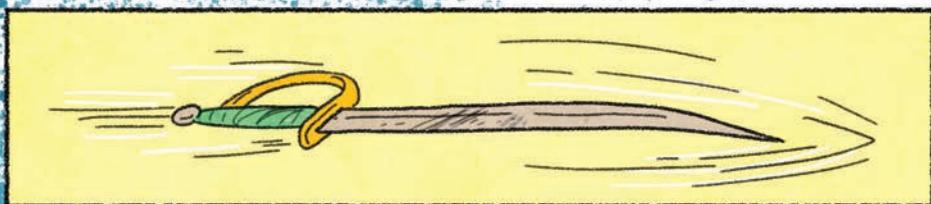
¡¡¡AYYYY!!!

PUM

PAF



EL CAPITÁN LANZÓ
UN ÚLTIMO ATAQUE
CON SU CUCHILLO...



QUE FUE A
CLAVARSE EN
LA ENSEÑA
DE LA POSADA.



JIM... TRÁEME RON...



¡CAPITÁN!

Corrí a coger el ron, pero estaba tan nervioso que se me rompió un vaso y estropecé el grifo del barril. Mientras intentaba arreglarlo escuché una pesada caída en la taberna y, al entrar, vi al capitán tendido en el suelo. Al mismo tiempo, mi madre, alarmada por los gritos y la pelea, bajó corriendo las escaleras para ayudarme. Entre los dos le levantamos la cabeza. Respiraba trabajosamente, tenía los ojos cerrados y muy mal color de cara.

—Ay, madre mía —exclamó mi madre—, ¡qué desgracia para el negocio! ¡Y con tu pobre padre enfermo!

No teníamos ni idea de cómo ayudar al capitán y estábamos convencidos de que se encontraba a un paso de la muerte. Fui a por el ron y traté de hacérselo beber, pero tenía los dientes apretados y las mandíbulas fuertes como el hierro. Fue un alivio que en ese momento se abriese la puerta y apareciese el doctor Livesey, que venía a ver a mi padre.

—Ay, doctor, ¿qué hacemos? —preguntó mi madre—. ¿Dónde tiene la herida?

—¡Qué herida ni qué ocho cuartos! No está más herido que usted o que yo. Este hombre ha sufrido un ataque, tal y como le advertí. Ahora, señora Hawkins, suba usted a atender a su marido y, si es posible, no le cuente nada de todo esto. Por mi parte, voy a hacer lo posible para salvar la vida de este individuo. Jim, tú tráeme una palangana.

Cuando volví con la palangana, el doctor ya había rasgado la manga del capitán, dejando expuesto su musculoso brazo. Tenía varios tatuajes: «Que haya suerte», «Un buen viento» y «Viva Billy

Bones» eran las inscripciones pulcramente grabadas en su antebrazo; y cerca del hombro tenía un dibujo de un patíbulo con un hombre ahorcado, muy bien hecho, según me pareció.

—Profético —dijo el doctor tocando aquella imagen con el dedo—. Y ahora, capitán Billy Bones, si es que se llama así, vamos a echar un vistazo al color de su sangre. Jim, ¿te da miedo la sangre?

—No, señor —contesté.

—Muy bien. Entonces, sostén la palangana.

Él cogió la lanceta y abrió una vena. Salió mucha sangre antes de que los ojos del capitán se abrieran y lanzasen una mirada confusa a su alrededor. Primero reconoció al doctor y frunció el ceño; luego, su mirada se posó en mí y pareció aliviado... Pero de pronto cambió de color y trató de incorporarse gritando:

—¿Dónde está Perro Negro?

—Aquí no hay ningún perro negro —dijo el doctor—, excepto el que tiene tatuado en la espalda. Ha estado bebiendo ron y ha tenido un ataque, como le advertí. Y yo, bastante a regañadientes, acabo de arrancarle de la tumba. Ahora, señor Bones...

—Ese no es mi nombre —interrumpió.

—Me da igual —replicó el doctor—. Es el nombre de un bucanero que conozco, y le llamo así porque es corto, y lo que tengo que decirle es lo siguiente: un vaso de ron no le matará, pero si toma uno querrá tomar otro, y otro, y me apuesto la peluca a que, si no lo deja del todo, morirá, ¿me entiende? Morirá e irá adonde le corresponde, como dice la Biblia. Vamos, haga un esfuerzo. Por esta vez, le ayudaré a acostarse.



Entre los dos, con mucho trabajo, nos arreglamos para subirlo a su habitación y tenderlo en su cama, donde se recostó sobre la almohada como si estuviera a punto de desmayarse.

—Bueno, ya lo sabe. El ron para usted es la muerte. Yo ya se lo he dicho y me quedo con la conciencia tranquila.

Tras decir eso fue a ver a mi padre, llevándome con él cogido del brazo.

—Esto no es nada —dijo tan pronto como cerró la puerta—. Le he sacado sangre suficiente para que esté tranquilo por un tiempo. Debería quedarse una semana ahí donde está. Es lo mejor para él y para vosotros. En cualquier caso, el próximo ataque acabará con él.

